

# Mahoma: La noche del destino

Víctor Márquez Reviriego



La destrucción de los ídolos guardados en la Kaaba (había 360). El antiguo esclavo Bilal sería el primer muecín que desde lo alto llamara a los musulmanes a la oración.

**L**A Meca hacia el año 600 es una ciudad privilegiada. Hay trescientos sesenta ídolos en su recinto sagrado, que es muy hospitalario: allí residen los diversos dioses de tribus y pueblos que acuden a la ciudad para su tráfico mercantil.

Tiene La Meca tres deidades particulares: la del poder, la del hado y la de la fertilidad. En La Meca está la Kaaba, construida, dicen, por un Adam vagabundo. Sobre la Kaaba se posó el Arca de Noé y en la Kaaba está la piedra Negra, una piedra que vino del Cielo. Tal vez un meteorito, como un lejano antecedente del perfecto paralelepípedo de «2001, una odisea del espacio»...

Los ídolos eran rentables. Los peregrinos (la ciudad era, además, un paso obligado

para todas las caravanas que costeaban Arabia) tenían que comer, además de rezar, y sus camellos necesitaban forraje y agua. Se dice que los habitantes de La Meca, los mecanos, practicaban la usura y cobraban intereses superiores al cincuenta por ciento. Eran, ciertamente, otros tiempos y prestar dinero a un peregrino que podía no volver o ser muerto en el desierto era un riesgo que tenía su precio, bastante alto sin duda.

En Arabia nació Mahoma. Pronto huérfano, educado por su tío, casado con una viuda rica y quince años mayor que él (Kadiya). Un incendio destruyó parte de la Kaaba y Mahoma fue el encargado de colocar la piedra negra tras la restauración.

Una premonición acaso. Por esos años Mahoma empieza a

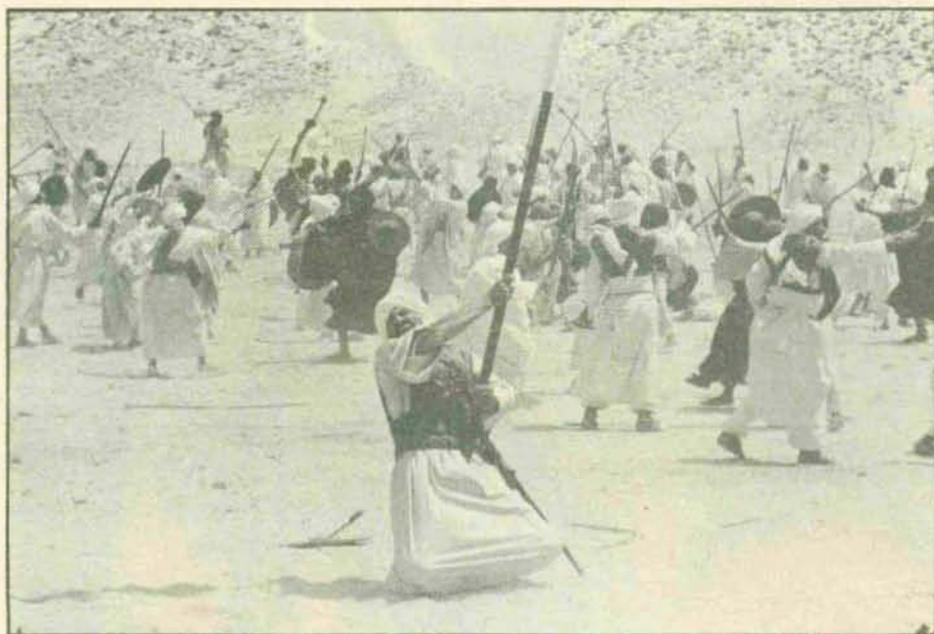
retirarse a las laderas del monte Hira para meditar. Allí le visitaría el arcángel Gabriel para anunciarle que había sido elegido profeta de Dios. Aquella es la Noche del destino («más bella que mil meses», se dice en el Corán). Y de ella vendrá el ataque contra la idolatría politeísta.

Ese proceso es el descrito en la película «Mahoma: El mensajero de Dios» (1). La publicidad la empareja, inadecuadamente, con «La túnica sagrada». No es así. «Mahoma» es una obra con historicidad rigurosa, al menos en los fenómenos narrados. Otra cosa es que pueda verse un cierto maniqueísmo, que era de esperar dado su tono épico.

Pero hay en ella un buen cuidado de respetar el legado histórico y hasta cuando éste se adorna con alguna concesión al «cine de romanos» tiene una base. Por ejemplo, la muerte de Hamza en la batalla de Uhud acaso no fuera a manos del lancero nubio, como aquí se cuenta. Sin embargo, en aquella batalla (donde a Mahoma le rompieron un labio y dos dientes) los musulmanes de Medina, ciudad en que ahora vivía el profeta, no fueron exterminados, porque los árabes de La Meca se dedicaron a mutilar los cadáveres. Y eso sí está recogido así.

Asistimos en la película al planteamiento de protesta social de los primeros años, casi revolucionario, para llegar al final a un reformismo casi ucedeo. Se muestra el antirracismo, en la bien reflejada e histórica ascensión del es-

(1) «Mahoma: El mensajero de Dios». Dirigida por Mustafá Akkad. Intérpretes principales: Anthony Quinn, Irene Pappas, Michael Ansara y Johnny Sekka.



La batalla de Uhud, entre mahometanos de Medina y árabes de La Meca. Fue la primera derrota de Mahoma, que allí perdió dos dientes. En el combate murió Hamza, pariente de Mahoma y dirigente de sus tropas.

clavo Bilal a muecín. El espíritu de hermandad primitivo. El sentido pactista de los árabes, etc... Lo que no se muestra es la cara del profeta y ni siquiera su voz, condición ineludible para que la cinta pudiera exhibirse en países musulmanes.

A la manera de un documental vemos aquí la captación de los primeros adeptos, el choque con la plutocracia religiosa de La Meca, la huida de los musulmanes hasta Abisinia, la marcha de Mahoma a Medina, la primera batalla victoriosa en los pozos de Badr en 623, la derrota al año siguiente en la montaña de Uhud, las primeras adhesiones importantes, la vuelta a la Meca, la destrucción de los ídolos...

Acaba la película antes de mostrarnos la extraordinaria

expansión del Islán fuera de la península arábiga, sustituida por imágenes de multitud de mezquitas repartidas por el mundo. Esa expansión calificada por Pirenne como «un verdadero milagro» (2). Y de la que Carlyle dijo que «con ella el pueblo árabe salió de las tinieblas gozando de la luz y vivificándose. Aquel conjunto de pobres pastores que vivía errante en los desiertos tuvo su Héroe - Profeta, portavoz de un mensaje que les inspiraba fe...» (3). Más agnóstico, Bertrand Russell situaría la ganancia material de la conquista y el botín por encima de esa fe, como móvil de la expansión. ■ V. M. R.

(2) Henri Pirenne: «Mahoma y Carlomagno», Alianza Universidad.

(3) Tomas Carlyle: «Los Héroes». Colección Austral, Espasa Calpe.

# Los casanovas

**Eduardo Haro Ibars**

**L**OS personajes que la Historia nos ofrece son sombras, espectros maquillados por nosotros, a quienes prestamos vida y color, seguramente muy distintos a los que en vida tuvie-

ron: inventamos la historia a cada paso, inventamos el mundo y sus personajes, a partir de pequeños retazos de verdad, de datos que a veces, incluso, son falsos, y que nos valen

para dar una interpretación del mundo coherente y válida en el momento en que la damos. Esto, que es cierto para todos, lo es doblemente en el caso del Caballero Casanova, veneciano, falso Señor de Seingalt; y es así, porque él mismo, todavía en vida, fue una ficción. Casanova nunca existió: se inventó a sí mismo, y se plasmó en unas magníficas «Memorias», que tienen el doble valor de no ser en absoluto sinceras y de mostrar, además, el paso de un pensamiento anclado en el Medievo y en la superstición hasta las luminarias de la Ilustración naciente: Casanova fue mago y charlatán, como después Cagliostro, pero fue también un espíritu lúcido y escéptico; y ambos personajes se entremezclaban, se ensamblan, creando un tejido donde la verdad y la mentira forman una centelleante imagen del personaje y de su tiempo.

En sus «Memorias» —divertidas, cínicas, reflexivas y sobre todo gratamente mentirosas— se nos muestra como infatigable aventurero y amador, como una especie de superhombre en las artes amatorias. Y así lo muestra también César González-Ruano en la magnífica biografía que de él hace. Sin embargo, nada más lejos del romántico Don Juan a la espa-

